

las tropas. Estas últimas estaban rendidas de cansancio y recibieron orden, á las cinco de la mañana, de suspender el avance; el rey publicó un manifiesto dirigido al pueblo de Berlín que empezaba: «A mis queridos berlineses,» y deseando reconciliarse con él, dió su palabra de retirar las tropas tan luego como la poblacion hubiese quitado las barricadas. De esta última condicion prescindió cuando supo que el general Möllendorf había caído en manos de los insurgentes, y sin escuchar las razones en contra del nuevo comandante de plaza, Prittwitz, dió la orden de retirada á las tropas. Mas ora fuese por un nuevo error de un ayudante, segun dijo despues el rey á Bunsen (1), ora por razones técnicas militares, la retirada de las tropas vencedoras no se efectuó en el modo y forma que se había decidido en un principio, esto es, reconcentrándose hácia el palacio, en cuyas inmediaciones se hallan tambien los edificios públicos mas importantes, sino que se llevó á cabo saliendo casi enteramente fuera de la ciudad, la cual quedó así entregada á los insurrectos. De esta suerte, el conde de Arnim-Boitzenburg al salir al medio día del 19 de marzo de la real cámara, donde acababa de recibir su nombramiento de presidente del ministerio, vió con espanto que apenas había quedado fuerza armada en el palacio y que iba á entrar en funciones no solamente en medio de una revolucion sino sin fuerza para proteger al rey contra el pueblo si á este se le ocurría entrar en palacio. A esto se agregó la dificultad de encontrar hombres idóneos para las respectivas carteras, porque el conde estaba malquisto entre las personas ilustradas y liberales por sus principios absolutistas y reaccionarios; solo su primo A. Arnim, el embajador en París, y el conde de Schwerin aceptaron las carteras que les ofreció.

El hermano del rey y heredero presunto del trono, considerado como instigador de la matanza, fué enviado con una mision á Londres para librarle del odio del pueblo, el cual llevó á la plaza del palacio los cadáveres de las víctimas de la contienda y del furor militar. Obediente á los gritos de la multitud, mostróse el rey en el balcon con la cabeza descubierta llevando del brazo á su esposa, medio muerta de miedo, y avanzando hácia el pueblo concedió en alta voz la creacion de la guardia nacional, que se organizó inmediatamente. En seguida publicó una amnistía; los presos políticos recobraron su libertad, y para imitar á los liberales franceses fueron obsequiados mas que nadie los presos políticos polacos, Mieroslawski, Siebelt y otros, enemigos furibundos de la raza alemana, de lo cual los revolucionarios berlineses hicieron caso omiso y los pasearon en triunfo por las calles.

Triste en extremo fué el derrumbamiento de la monarquía prusiana á las plantas de Napoleon, pero mas lo fué el derribamiento del absolutismo prusiano ante esta revolucion de los berlineses. Un motin callejero había hundido en el polvo el gran paladion de los soberanos y patriotas alemanes.

En palacio todo era confusion, y á fin de evitar mayores males, para reanimar al rey, completamente anonadado, y no hacerle pasar por la humillacion de aceptar á la fuerza la jefatura de la nueva Alemania unida y de proponer y apoyar la creacion de un parlamento nacional aleman, ocurrió á su nuevo ministro la idea de hacerle fingir que espontáneamente y por su propio impulso se ponía á la cabeza del movimiento unitario aleman para salvar la patria comun. Avisada la poblacion, organizó esta muy contenta y de buena fe una manifestacion aparatosa. El rey, acompañado de los príncipes de la real casa y de los ministros, todos sin excepcion ostentando los colores nacionales, negro, rojo y amarillo, precedidos por un individuo de la sociedad de tiro de Berlín que llevaba

(1) *Vida de Bunsen*, tomo II, pág. 497.

una gran bandera de los mismos colores, y seguidos de una multitud bien ó mal ordenada, formando todos como una procesion cívica, recorrió las calles principales de la capital, atestadas de gente contentísima. El rey tambien se reanimó y sintió sus impulsos de pronunciar discursos, impulsos que satisfizo en diferentes estaciones de la procesion, diciendo en una, segun aseguran: «No debe calificarse de usurpacion el que me crea llamado á salvar la libertad y la unidad de Alemania. Juro ante Dios que no quiero precipitar de su trono á ningun soberano aleman, pero quiero proteger la unidad y la libertad de Alemania, las cuales deben fundarse en la fidelidad de los alemanes y establecerse sobre las bases de una organizacion constitucional sincera alemana.» Algunos le aclamaron como emperador de Alemania, á lo cual contestó: «Yo no he hecho mas que lo que hicieron muchas veces reyes poderosos y duques, que viendo pisoteado el orden asieron la bandera alemana y se pusieron á la cabeza del pueblo.»

El ejército, «en vista de que el rey se dedicaba enteramente á la causa alemana,» recibió la orden de llevar escarapela alemana, y en una nueva proclama anunció el rey á su pueblo su resolucion de dedicarse á proteger la unidad nacional, en estos términos: «Hoy me encargo de la direccion para la hora del peligro, mi pueblo no me abandonará y la Alemania pondrá su confianza en mí y me seguirá. De hoy en adelante, la Prusia crece y se extiende á toda la Alemania.»

¡Qué hermosas frases si hubieran resonado antes del 18 de marzo! Pero pronunciadas despues, fueron recibidas con risa por los demócratas inteligentes y con desconfianza y mala voluntad por los soberanos alemanes, que habían querido ponerse al amparo de una Prusia fuerte y no habían encontrado la proteccion que buscaban. El pueblo de Berlín acabó de humillarle obligándole á presenciar, el día 22 de marzo, desde el balcon de palacio y con la cabeza descubierta el paso de la comitiva fúnebre formada para el entierro de los defensores de la libertad. De esta manera se hizo inútil el viaje de la embajada enviada á los gobiernos de la Alemania meridional, que llegó en aquel mismo día y cuyo objeto era el inmediato nombramiento del rey de Prusia como jefe provisional de la Alemania, y se resolvió trasladar la cuestion al parlamento de Francfort. Tambien el partido que había visto en la hegemonía prusiana la solucion posible de las cuestiones alemanas, se vió defraudado en sus esperanzas y cubierto de impopularidad.

Perdida toda esperanza, concentróse todo el interés de los patriotas en el parlamento preparatorio, que el 31 de marzo inauguró sus sesiones en la iglesia de San Pablo de Francfort. Componíanlo unos 500 á 600 representantes, en su mayor parte miembros de las oposiciones de las cámaras de los Estados alemanes del Sudoeste. El Norte, es decir, la Prusia principalmente, estaba representada solo por contados miembros, y el Austria solamente por dos. La falta de autoridad legal de esta asamblea estaba disculpada por la necesidad urgente de crear un orden cualquiera. Sus organizadores habían decidido admitir tambien en ella á personas que no perteneciesen á otras cámaras, lo cual había sido causa de que entrasen algunos fantásticos republicanos. Este ingreso hizo temer á los doctores graves, todos gente que tenía hechos sus estudios universitarios, que el partido extremo se impusiera á la asamblea, pero no sucedió así, y ya en la eleccion de presidente obtuvo la mayoría el candidato de los moderados, el catedrático de Heidelberg, Mittermaier. Los demócratas de la asamblea querían la república y amenazaban orgullosos con su retraimiento si la asamblea tomaba por punto de partida el orden político existente. Para evitar la ruptura entre los que querían simplemente reformar la

organizacion política y los que aspiraban á un cambio radical, se convino en reservar la obra de la constitucion para la decision del parlamento definitivo, y limitarse á preparar su convocacion; pero entonces encendiéndose una nueva lucha entre los moderados, que querían nombrar una comision de quince miembros del parlamento preparatorio para velar por la ejecucion de sus disposiciones, y los exaltados, que pedían la permanencia de la asamblea preparatoria hasta la reunion de la definitiva; con lo cual habría quedado eliminada completamente la dieta de Francfort, es decir, la conferencia permanente de los soberanos. Contra esta proposicion, presentada por Hecker, levantóse Gagern, el hombre de mas criterio que entonces se dió á conocer ventajosamente, y consiguió que la asamblea rechazase la proposicion y decidiese en su lugar que la dieta de Francfort, es decir, la representacion permanente de los soberanos, quedara encargada de ejecutar las resoluciones de la asamblea preparatoria, con lo cual esta demostró sus sentimientos monárquicos. En la cuarta y última sesion que celebró, determinó que la confeccion de la constitucion alemana correspondía única y exclusivamente á la futura asamblea nacional. Las demás resoluciones que adoptó fijaron las reglas relativas á las elecciones para la asamblea, y la inmediata admision del ducado de Schleswig y de las dos principales provincias orientales de la Prusia en la confederacion alemana, dejando sin determinar la admision de la provincia de Posen, porque habían reconocido por otra resolucion deber sagrado de la asamblea cooperar al restablecimiento de Polonia.

Despechados los hombres de la izquierda por no haber obtenido lo que deseaban en el parlamento preparatorio, ni haber conseguido siquiera que uno de los suyos formase parte de la comision permanente de cincuenta miembros, en lugar de quince como había propuesto la mayoría moderada en un principio, se apresuraron á promover una sublevacion republicana, preparada ya en el gran ducado de Baden, teniendo por centro la ciudad de Constanza y su distrito, que al Mediodía confina con Suiza, con lo cual quedaba á los revoltosos asegurada la retirada á este país. La dieta de Francfort había dispuesto, á solicitud del gobierno de Baden, que se situaran fuerzas wurtemberguesas y bávaras en las respectivas fronteras; pero antes que hubiesen tenido tiempo de penetrar en el territorio badense, pronunciáronse los conjurados, y el 12 de abril desplegó Hecker la bandera de la república en Constanza. La poblacion se mantuvo indiferente y para mayor desgracia uno de los jefes mas temibles del movimiento, llamado Fickler, fué preso en el momento en que tomaba el tren en la estacion de Carlsruhe para ir á proclamar la república en el distrito de Constanza; otro jefe, Struve, huyó de Donaueschingen cuando las tropas wurtemberguesas se acercaron á esta poblacion, y los bávaros expulsaron tambien de Constanza á Hecker y sus secuaces. Cerca de Kandern se hizo fuerte una banda de estos republicanos, y el general Gagern, hermano del diputado del mismo apellido, que había ido el día 20 de abril con una pequeña escolta á hablar é invitar amistosamente á los sublevados á retirarse, antes de atacarlos con sus tropas badenses, recibió al regresar á su posicion un balazo mortal disparado alevosamente por uno de los sublevados. Sus tropas marcharon sobre los enemigos, y estos casi sin disparar un tiro echaron á correr á la desbandada hácia la frontera suiza. La tropa ocupó á Friburgo, y el 26, cerca de Dossenbach, dispersó la última turba, de unos 800 revoltosos de todas las procedencias imaginables, capitaneados por el poeta Herwegh, que se salvó á los primeros tiros de una manera nada poética, refugiándose en Suiza, donde encontró á sus compañeros Hecker

y Struve, que allí le habían precedido. Diez días habían bastado para limpiar el país de esta chusma, enfriar en toda la Alemania el movimiento nacional y liberal, desacreditar á los demócratas y abrir el camino á la reaccion.

A pesar de la ninguna autoridad legal que tenían las resoluciones de la asamblea preparatoria, la dieta de Francfort desplegó un celo laudable para cumplir el legado que aquella le había dejado; y para facilitar mejor su realizacion anuló sus disposiciones de los años 1819 y 1832, avisó á los gobiernos que dispusieran las elecciones de los representantes para el parlamento nacional, encargado de elaborar con el auxilio de los gobiernos y de los pueblos la constitucion nacional, y hasta modificó la disposicion de elegir un representante por cada 70,000 habitantes, fijando esta relacion en uno por 50,000. Sin embargo, conociendo su exigua autoridad é influencia y su marcha lenta, comprendió que sería necesario nombrar desde luego una autoridad federal suprema que pudiese representar á los gobiernos y en su nombre tratar con la futura Asamblea Nacional; pero este deseo no llegó á realizarse, ya por la oposicion de la comision permanente de los cincuenta representantes, que veía en esto una merma de la autoridad de la asamblea próxima, ya por los mismos gobiernos, particularistas desconfiados, irresolutos y celosos de sus prerogativas soberanas. Esto dió origen á nuevos proyectos y combinaciones de varios políticos teóricos. Welcker, delegado del gran duque de Baden cerca de la dieta de Francfort, propuso para la formacion de un poder ejecutivo provisional un triunvirato del cual un miembro fuese nombrado por la Prusia, otro por el Austria y el tercero por los demás treinta y cinco estados confederados, eligiéndole de una lista de candidatos formada por el gobierno bávaro. Era evidente á primera vista que treinta y cinco gobiernos soberanos jamás llegarían á entenderse para la eleccion de este tercer triunviro. Stockmar, el hombre de confianza de la casa de Coburgo y su representante en la dieta, escribió en 29 de mayo de 1848 á su discípulo el príncipe consorte de la reina Victoria: «Aunque no haya servido para otra cosa, mi asistencia á la dieta durante dos meses me ha convencido á lo menos de que entre todos los miembros de esta asamblea solo reinaban la desconfianza, el odio, la envidia, la pasion de empujarse mutuamente y la consiguiente satisfaccion de los perjuicios y daños del vecino. Nadie pensaba en auxiliar á los demás, pero para causarse daño mutuamente, todos estaban siempre dispuestos sin excepcion (1).» Este espíritu mezquino impidió tambien que se realizara el «Proyecto de un código aleman,» redactado y presentado á la dieta por los jurisconsultos Dahlmann y Albrecht por encargo de la comision organizadora del parlamento, á fin de que los gobiernos lo examinasen y que presentado como proyecto de ley revisado ya por todos, pudiese discutirse y aprobarse mas pronto en la Asamblea Nacional. El gobierno bávaro no quiso ni siquiera dar su parecer sobre este proyecto que admitía como base la autoridad suprema de un emperador hereditario, y si bien obtuvo en la dieta una mayoría, aunque muy exigua, no condujo á ningun resultado positivo por la divergencia de opiniones respecto de la persona á quien debiera elevarse á tan alta dignidad. Igual suerte tuvo una memoria escrita á favor de una autoridad federal suprema por el representante del gran duque de Hesse, Lepel, que fué rechazada por la comision permanente de los cincuenta con toda la violencia ciega de unos hombres que en todas partes veían la odiosa mano de la diplomacia falaz de las cortes.

Al soberbio edificio de la unidad alemana tal como se le imaginaron los hombres de talento despejado como Dahl-

(1) Véanse sus *Memorias* publicadas por su hijo Ernesto, página 520.

mann y sus amigos, faltaba, pues, lo principal: un eje ó centro poderoso al rededor del cual se agrupasen todas las fuerzas vivas del pueblo alemán. La Prusia, que podría haber sido la columna central del nuevo imperio, había caído en lo interior tan lastimosamente que había perdido su fuerza para la obra de la constitución alemana. El gobierno, humillado y consternado, prometía todo cuanto se le pedía sin intención de realizar promesa alguna, ó si lo hacía era con la reserva de volverlo á anular á la primera ocasión propicia y hacer sentir al pueblo la mano dura del soberano legítimo. El ministro Arnim contestó á una diputación de Breslau y Liegnitz que el gobierno sería fiel al principio adoptado de llevar la delantera en el movimiento moderno, y en prueba de ello deslumbró á aquella honrada diputación hablándole



F. Hecker.—Copia de un retrato dibujado por Schertle

de una multitud de proyectos que pensaba consultar con la reunión general de los Estados provinciales, á saber, una ley electoral fundada en amplias bases, según las cuales los electores nombrarían compromisarios que formarían los comicios electorales de que saldrían los representantes; libertad de reunión, guardia nacional, responsabilidad de los ministros, jurados, independencia de la magistratura, abolición de fueros, de jurisdicciones especiales, y hasta el juramento del ejército á la constitución. A los diez días de ser ministro, Arnim, que no se creía llamado á cumplir sus promesas, dejó su puesto en 29 de marzo á Camphausen, entonces presidente del tribunal de comercio de Colonia, hombre liberal que asoció á su ministerio á Hansemann y Auerswald. Poco más de un año hacía que el rey había declarado patéticamente á los Estados provinciales que jamás permitiría que entre él y su pueblo se interpusiera un pliego de papel escrito, cuando hizo saber á los mismos brazos reunidos en Berlín, que la monarquía constitucional era ya un hecho consumado y á la cual solamente faltaba la confirmación legal. Los Estados reunidos votaron efectivamente la libertad de la prensa, el jurado, el restablecimiento de la independencia de la magistratura, el derecho de reunión, la libertad de cultos, la intervención en los presupuestos y la fijación de los impuestos por los representantes del pueblo,

y finalmente la ley electoral, con lo cual la asamblea de los antiguos Estados firmaba su decreto de muerte. El hoy príncipe de Bismark formaba parte de esta reunión general, y seguido de otro noble de provincia se negó á dar su voto al mensaje de gratitud que la asamblea dirigió al rey por su magnanimidad, motivando su oposición en estos términos: «Cuando por el nuevo camino que se ha tomado ahora, se haya conseguido una patria alemana unida y un orden feliz, ó cuando menos legal, habrá llegado el momento de dar las gracias al creador del nuevo orden de cosas, mas por ahora no puedo darlas.»

Esta Prusia nueva, tan súbitamente liberalizada, apenas constituida pasó por el bochorno de tener que anular las elecciones para el parlamento alemán, decretadas por la reunión de los Estados provinciales, á consecuencia de la resolución adoptada por la dieta el 30 de marzo y de las protestas que se levantaron de todas partes. También tuvo que soportar todavía las insolencias de la plebe y de las hojas volantes y por lo general satíricas, y finalmente el nuevo ministerio Camphausen se atrajo las críticas más acerbas por haber propuesto el regreso del príncipe heredero á la corte.

A esta situación en la capital se agregó una sublevación armada de los polacos en la provincia de Posen, cuyo arzobispo Perzylusky había ido con una comisión de notables á la corte y solicitado del rey el restablecimiento del trono polaco. Federico Guillermo IV prometió organizar inmediatamente á lo menos un gran ducado de Posen sobre la base de la nacionalidad polaca, promesa que los revolucionarios polacos, restituidos á sus hogares en virtud de la amnistía general, interpretaron en el sentido de una completa autonomía de la provincia. Estaba habitada esta por un millón de alemanes y solo por 800,000 polacos; pero los polacos desde luego se mostraron como amos exclusivos del país, hasta tal punto que la guarnición de la capital tuvo que encerrarse en los fuertes. El 3 de abril fué declarado Posen en estado de sitio, pero antes de acudir á medidas extremas el gobierno celebró con el partido nacional polaco un convenio que separaba del gran ducado el distrito del Netze, cuya población era y es casi exclusivamente alemana. Mas cuando el 22 del mismo mes se incluyó este distrito en la confederación alemana, hubo un clamoreo general entre los polacos por lo que llamaban una nueva división de Polonia, y la población rural, tan difícil de entusiasmar por las magnificencias de un reino de Polonia, en el cual nunca había tenido derecho alguno, cedió, sin embargo, esta vez á las instigaciones de los nobles y del clero. Hubo encuentros sangrientos; en Xions (1) recibieron los polacos, en 28 de abril, una dura lección, pero en cambio derrotaron á las tropas cerca de Miloslav y Wreschen. Entonces envió el gobierno al general Pfnel con poderes amplios, y este sofocó la sublevación después de varios combates.

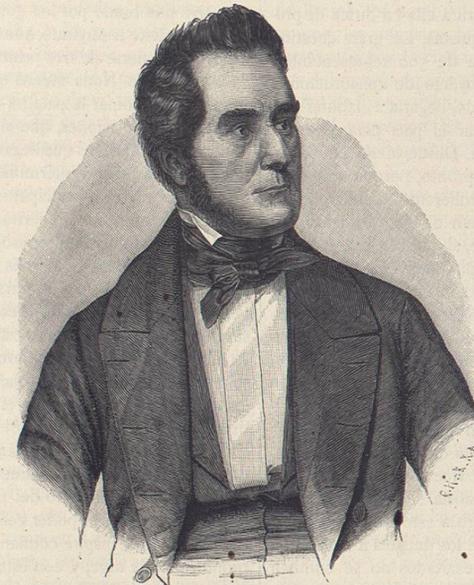
A pesar de todas las concesiones y apariencias exteriores, Federico Guillermo IV no había cambiado interiormente; continuaba sin comprender el tiempo en que vivía, todo cuanto veía era para él iniquidad de los hombres apartados de Dios; el liberalismo era ni más ni menos que una enfermedad por el estilo de la consunción de la médula espinal; no tenía la menor duda de que la lucha del 18 de marzo estaba convenida y preparada desde largo tiempo por agentes revolucionarios extranjeros, y su confidente Bunsen, que quiso convencerle de su error, recibió una repulsa durísima. Desde aquel día no volvió el rey jamás á su centro: su mente, vagando siempre extraviada, lo veía todo cargado de

(1) Pequeña población de 900 habitantes, no lejos del Vístula.

adornos y accesorios vetustos. Así nunca llegó á figurarse una Alemania unida sino regida por un emperador de la casa de Austria, y toda su ambición no pasaba de ser el primer campeón y caudillo de las fuerzas imperiales. Otras veces veía en su mente al lado del trono imperial, hereditario todavía, un rey especial de los germanos, elegido por los reyes alemanes de la confederación y cuya elección era para él, cosa de pocas horas hecha por los reyes y grandes duques en el llamado cónclave de la catedral de Francfort, mientras los demás soberanos que no llevaban títulos tan altos estarían reunidos en el coro. Hecha la elección se dirigirían los reyes, grandes duques, duques y príncipes soberanos al rey de romanos para suplicarle humilde y respetuosamente que confirmara la elección, confirmación que podría concederse en el acto mismo de la elección por un archidu-

que, apoderado ya y delegado expresamente á este efecto. Confirmado el nuevo rey por el augusto emperador ó su delegado, se abrirían como en tiempos antiguos las puertas de la basílica al pueblo, que aclamaría al rey, completando así su elección. Este rey germánico sería luego ungido y coronado por el arzobispo de Colonia, si fuese católico-romano, y si fuese protestante por un arzobispo de Magdeburgo que á este fin se nombraría y que sería el *primado de Alemania (primas Germanie)* (1). En estos ensueños pasaba Federico Guillermo IV la vida.

Cuando se supo en Viena lo ocurrido en Berlín, la procesión cívica y las proclamas del rey Federico Guillermo, se apresuró aquel gobierno á protestar contra todo cambio que se intentara introducir en el estado de Alemania sin su cooperación, y para no ceder al rey de Prusia en patriotismo



Enrique de Gagern, presidente de la Asamblea Constituyente

alemán, se izó en seguida la bandera tricolor alemán en el palacio y en la torre de la catedral, con gran contentamiento de los austriacos y de todos los buenos alemanes. La comisión permanente de cincuenta delegados de la asamblea preparatoria admitió en su seno, á toda prisa, seis delegados austriacos.

El gobierno imperial dictó también las disposiciones convenientes para proceder á las elecciones de diputados para la asamblea nacional, pero declaró al mismo tiempo que no entendía reconocer las resoluciones de esta asamblea como obligatorias para el Austria y que solo le daría su voto cuando se armonizasen con las condiciones especiales de los diferentes Estados de la monarquía austriaca y con los intereses generales de esta. En otra comunicación posterior, de 21 de abril, declaró el emperador que jamás consentiría en que sus Estados hereditarios que formaban parte de la confederación alemana estuvieran bajo la dependencia absoluta de la autoridad suprema de la confederación, sino que se reservaba aprobar en cada caso las disposiciones del poder federal después de consultar sus intereses y según su conveniencia, y que por esto mismo no podría de ningún modo formar parte de la nueva confederación alemana si esta traspasara los lí-

mites de una confederación de Estados independientes, porque el Austria no podía renunciar á su independencia soberana ni á su integridad en beneficio de su agregación á la Alemania.

A pesar de este lenguaje claro y preciso, no ocurrió á nadie meditar sobre su sentido ni sobre las contingencias á que podía dar lugar esta política individual del Austria, ni nadie era capaz de imaginar un imperio alemán del cual esta potencia no formara parte. Era uno de los rasgos característicos de aquella época revuelta el querer los pueblos á la vez cosas diametralmente opuestas y hasta incompatibles.

Fué uno de los días más solemnes en la historia del pueblo alemán el 18 de mayo de 1848, cuando las campanas de las iglesias de Francfort echadas á vuelo, las salvas de artillería y la alegre gritería de la multitud anunciaron la marcha procesional de los representantes del pueblo alemán desde la casa consistorial, donde se habían reunido previamente, á la iglesia de San Pablo, donde celebraron luego sus sesiones. Por primera vez vieron reunidos para un objeto

(1) Véanse los *Papeles póstumos* de Metternich, tomo VII, pág. 609, y la obra de Springer: *Dahlmann*, tomo II, págs. 225 y siguientes.